

El fuego de Nakawaza

Las llamas devoraban la cocina de la casa. Los manteles y los muebles habían acelerado el fuego, y del frigorífico emanaban pequeñas descargas. Una neblina negruzca y tóxica se esparcía por la habitación.

Era una escena dantesca.

Los dibujos de los niños que adornaban la pared ardían en segundos y las briznas quemadas volaban sin dirección. La cocina había dado paso a la sala de estar y al resto de las habitaciones. Las mantas y la moqueta se consumían sin remedio. Todo se desmoronaba en segundos. La voracidad del incendio era estremecedora.

Una vecina, alertada por el humo, había llamado para pedir ayuda. Los bomberos venían de camino. La distancia entre la estación y la casa en los suburbios de Nakawaza era de diez minutos. Se oían las sirenas de los camiones.

La tensión era evidente.

Cuando llegaron los bomberos, la casa ardía por completo. El techo de algunas secciones había cedido. Decidieron dirigir las mangueras a puntos estratégicos, pero apenas surtía efecto.

Los vecinos se agolpaban en la distancia. Lloraban de impotencia.

El segundo retén llegó en ayuda del primero. La comunicación de los primeros auxilios con la estación fue urgente: era imposible sofocar el fuego sin ayuda. Cuando llegaron, la situación era dramática.

Después de horas luchando contra los elementos, los bomberos regresaron con lágrimas al puesto de mando. La casa presentaba un aspecto demoledor. Nada se había podido salvar de momento.

Los dos retenes se agolparon en torno al jefe de operaciones. Intercambiaron opiniones durante unos minutos y decidieron suspender el trabajo en la vivienda: era peligroso.

Una persona, alarmada, empezó a gritar.

—Los niños. Hay tres niños dentro. La madre está en el trabajo y los deja solos por la noche.

—Kazuo Yoshida. Veinte años. Natural de Nakawaza. Un tribunal popular lo ha encontrado culpable del delito de violación en grado mayor. Lo sentencia a siete años de reclusión en la prisión local. Pena que tendrá que cumplir en toda su integridad, y ante la que no cabe apelación posible —dictaba el juez ante la algarabía de algunos de los presentes en la sala.

Solo el abogado de la defensa se había presentado por el lado de Kazuo. Los familiares y amigos declinaron asistir a las sesiones. La aflicción era insoportable como para también dejarse ver en público. Por el contrario, la familia de la víctima se había congregado en masa. Desde las amistades del colegio a familiares y amigos. La tensión acumulada durante el juicio había merecido la pena.

«Siete años en prisión. Una eternidad».

Los policías le ajustaron las esposas y lo llevaron en un todoterreno blindado a la prisión local situada a las afueras, a unos siete kilómetros de distancia. A pesar de vivir en la ciudad durante veinte años, Kazuo siempre se había considerado un extraño. El cambio geográfico no significaba nada. La acusación que se había arrojado contra él, sí.

El vehículo llegó a la penitenciaría. El conductor sacó una tarjeta dorada y la pasó por un lector electrónico. Las puertas se abrieron, y unos guardianes revisaron el coche y a los ocupantes. El condenado no portaba nada encima. Le habían quitado las pertenencias en los juzgados y las habían metido en una bolsa que, cumplida la sentencia, le devolverían.

La verja se cerró con un estruendo. Una etapa amarga comenzaba, pero no sería la última ni la más desagradable.

Estación de policía de Nakawaza. Once de la mañana. El informe del forense sobre el fuego en la casa de las afueras de la ciudad había llegado. El inspector jefe le pidió a la secretaria que convocara al grupo de investigación. Había programado una reunión urgente a las doce del mediodía. Se confirmaba que los cuerpos de los tres niños estaban calcinados. Además, se encontraron tres puntos estratégicos de la casa donde se había utilizado un acelerador de fuego, posiblemente gasolina. En los alrededores a la cocina, se halló una garrafa con la boca aserrada y con un trapo empapado en líquido. Todavía quedaban análisis por realizar, pero tardarían una semana.

No había lugar a dudas. El incendio había sido intencionado.

Un asesino peligroso andaba suelto.

Nakawaza era una ciudad tranquila. La prefectura de Ishikawa en la región de Hokuriku, bordeada por el Mar de Japón, había sido siempre un oasis con medio millón de habitantes, y un clima benévolo en verano y áspero en invierno. Los incidentes de este tipo eran inusuales. Nadie podía predecir un acontecimiento así en un lugar tan idílico. Era tierra de samuráis. El nombre significa «el pantano de oro».

El suceso había puesto en alerta a las autoridades locales y al gobierno central. El hecho de que tres niños en edades tempranas hubieran perecido en un incendio provocado saltaba las alarmas. La prensa se había echado encima y no iban a soltar la presa. Los datos de audiencia estaban por las nubes y era difícil luchar contra eso.

«Siete años en prisión. Una eternidad», había pensado Kazuo Yoshida el día de la condena. Pero el tiempo pasa deprisa. Y esta había llegado al fin. Atrás quedaban innumerables incidentes. Ser condenado por violación no es un delito menor. El trato que te dispensan en prisión es brutal, peor que un asesino. Kazuo había recibido insultos, ataques violentos y hasta un intento de asesinato. Tres veces había ingresado en el hospital de la prisión. Dos brazos rotos y una puñalada en el abdomen. Esa era la vida encerrado allí: un tormento.

Las lecturas sobre los unificadores de Japón y, en concreto sobre Tokugawa Ieyasu, el tercero de ellos, habían hecho los días menos dolorosos.

Había releído *El pesquero* de Takiji Kobayashi tantas veces que soñaba por las noches con el mar. Y la música J-pop no lo alegraba tanto.

Siete años que parecieron eternos habían concluido. Los escasos amigos que había hecho en prisión le regalaron una fiesta aquel día. Los guardianes hicieron la vista gorda y dejaron que Kazuo recibiera un pequeño homenaje. Iba a volver a la *sociedad* y querían que entrara con buen pie.

Nada más lejos de la realidad.

Kazuo Yoshida fue puesto en libertad por la tarde. Pasó por las oficinas centrales y recogió sus pertenencias. Le dieron un cheque de dos mil yenes. Fue acompañado a la puerta por un guardián y despedido a gritos por los reclusos encarcelados cerca de la entrada. Pocos sabían la fecha de salida de prisión, pero Kazuo daba por descontado que nadie lo estaría esperando.

Cuando cruzó la puerta, anduvo unos metros y miró hacia atrás una última vez. La bandera de Japón y la local ondeaban en el cielo. El aparcamiento de los trabajadores estaba a rebosar. Los árboles sacudían las ramas empujadas por el viento. Y esas verjas infernales y altas que tanto repudio le causaban se contoneaban como despedida amarga e irónica. Siguió caminando. Ahora sí, con ropa de civil. La parada del autobús quedaba a menos de cinco minutos. Mientras andaba, respiraba hondo. Quería sentir el aroma de la libertad. Casi se hacía daño en los pulmones.

A lo lejos, divisó una figura conocida. No podía ser. Se acercó unos metros y enseguida reconoció a un antiguo amigo, Tanikazi Mori. Llevaba diez años sin comunicarse con él.

«¿Cómo se habrá enterado de mi salida?».

Pero estaba allí. No se lo había esperado y le causó una inmensa alegría verlo.

Se subieron al autobús. Charlaron y recordaron los viejos tiempos. Hasta que llegaron a la estación. Se bajaron e iniciaron la caminata. Recorrieron juntos el centro de la ciudad. Desde el castillo del parque de Nakawaza hasta los jardines Kenrokuen, pasando por el museo de arte contemporáneo. Se encaminaron hacia Higashi, el distrito de las geishas. Entraron en una casa de té. Apenas unos metros cuadrados con una decoración minimalista, unos ventanales enormes y un jardín precioso a la espalda.

Una señora mayor se les acercó y los guio a un rincón. El lugar estaba vacío. Se sentaron y hablaron. La rabia contenida durante siete años por Kazuo no se hizo esperar. No era él. Tanikazi se quedó perplejo. Iba en todas direcciones y nadie se escapaba.

Era enfermizo.

Hacía unas horas que la discoteca Onami había abierto en el barrio de Nagamachi. Las luces de neón mareaban. Dos amigas del colegio acababan de llegar. Se bajaron del taxi y entraron en el caos de iluminación y sonido que caracteriza la zona. Miles de personas en la calle bebían y hablaban. Las chicas entraron en la taquilla de la discoteca, compraron dos entradas y accedieron a la planta primera. La fiesta era impresionante. Un DJ en cada sala, alcohol y gente elegante por todos lados. Iba a ser una noche inolvidable. Unos muchachos se acercaron, las invitaron a tomar una copa y a bailar. Muchachos que conocían de vista del colegio. Gente maja, decían los jóvenes. Subieron al segundo piso a través del ascensor de cristal y se acomodaron en una esquina. Contaron historias divertidas y gozaron del ambiente. Así pasaron las horas.

De repente, un griterío los alertó.

—¡Fuego, fuego! Hay fuego detrás de la cortina dorada. Avisen a los bomberos, por favor — gritó un camarero del local.

Los asistentes iniciaron una estampida hacia ningún sitio. No sabían dónde estaban las puertas de emergencia. Todo era correr en medio de una turba enloquecida. Las amigas habían perdido el contacto entre ellas; era una carrera en solitario por la supervivencia. Las escenas eran escalofriantes. Personas atrapadas en el suelo, por encima de las que transitaban los demás. Gritos de dolor. Y miedo, mucho miedo.

El sonido de la alarma saltó con estrépito y los bomberos se prepararon enseguida. El retén número dos se dispuso a salir con celeridad. El distrito de Nagamachi quedaba a unos cinco minutos. Estaban cerca. Conforme se acercaban, distinguían una humareda en la distancia.

Humo azulado y negruzco salía de manera rabiosa por las ventanas de un segundo piso. Partes del tejado empezaban a colapsarse. El olor a quemado permeaba la atmósfera. Los bomberos sacaron las mangueras amarillas con rapidez. Tal era la magnitud del incendio que hasta cinco mangueras enviaban agua del surtidor hacia el exterior del edificio. La llama crepitaba y se hacía sentir tanto dentro como fuera. Una masa de curiosos se agolpaba en torno al coche de los bomberos. También iban apareciendo poco a poco familiares de los asistentes a la discoteca. Los gritos y muestras de dolor eran estremecedores. Los que habían salido del local buscaban a los familiares y amigos con desesperación.

Un grupo de bomberos intentó entrar por la puerta principal que había quedado medio despejada gracias a la actuación de las fuerzas de seguridad del local. Había indicios sólidos de que parte de los asistentes de la planta dos y tres se habían refugiado en la zona superior. Algunos mensajes de texto volaron al departamento de policía.

—Hay que entrar pronto. No nos queda tiempo —bramaba el jefe del operativo.

Los bomberos entraron con piquetes, destrozando todo lo que veían al paso con una determinación encomiable.

El resto seguía bombeando agua a los puntos estratégicos del fuego desde fuera. Dos de ellos estaban casi controlados, pero el tercero daba problemas. Parte del fuego se hallaba en el interior y era difícil llegar a él.

Los bomberos que estaban dentro entraron al primer piso, lo inspeccionaron y, al ver que no había víctimas, subieron al segundo. La escalera de acceso estaba destruida por completo. Era imposible pasar por ahí.

El grupo en la calle casi tenía controlado el tercer foco. Era necesario acceder a las salas para rescatar a los del tercer piso. Colocaron la escalera metálica contra la pared, al lado de una ventana. Comprobaron que resistía y empezaron a escalarla. Un tropezón del primer bombero casi dio al traste con la escalera y el destino de los demás compañeros. Se recuperó y avanzaron. Faltaban pocos peldaños. El gentío apenas podía controlar la angustia.

El grupo de dentro ganó acceso al segundo piso. Por desgracia, comprobar la situación llevaría tiempo. Si todavía había alguien en las salas interiores, pocas opciones de vida cabían. Aprovecharon la cercanía a las escaleras para intentar sacar a los del piso tercero.

A falta de unos metros, la escalera cedió, pero los bomberos se agarraron a un balcón cercano. La búsqueda y ayuda por la escalera metálica quedaba zanjada. El acceso principal era la única oportunidad para rescatar al grupo del tercero.

No todo iba a ser desdicha. Los bomberos del interior pudieron subir a la parte alta. Un estallido de aplausos sonó al ver al primer integrante de la cuadrilla. Una ventana de oportunidad se les abrió después de todo. Lágrimas y emoción embargaron a los presentes.

Eran las fiestas patronales de la ciudad. Los vecinos se habían congregado como de costumbre en el parque de Kenroku-en, alrededor del estanque de Kasumi. Uno de los jardines más bonitos de Japón, con miles de árboles y plantas diversas. Aunque se trataba de un parque privado, los dueños permitían cada año que las autoridades las celebraran.

El parque se empezó a construir en el siglo diecisiete y se terminó en el dieciocho. Del nombre no se conoce el origen, pero todo el mundo lo asocia con el amor y la fraternidad.

Tanikazi había convencido a Kazuo para visitarlo. Quería levantarle la moral. ¿Y qué mejor escenario que este? Tomaron el tren de cercanías y se bajaron en la parada cercana al parque. Caminaron durante unos minutos, observando el bullicio de la gente y la música. La sorpresa de Kazuo fue épica. Su amigo se iba a reunir con un grupo de chicos y chicas del distrito. Se quedó sin habla. No quería conocer a nadie. Takinazi hizo de maestro de ceremonias y lo presentó a los otros.

—Kazuo, mi amiga de toda la vida, Isamu Himura —dijo cuando llegó a la última persona.

Isamu se acercó e hizo una reverencia. Las mejillas de Kazuo ardían. No sabía qué decir. La chica era preciosa.

—MMeeeee llaamo Kaaaazuo —dijo abochornado.

La chica sonrió de una manera infantil. Kazuo no podía aguantar la situación. No estaba preparado para esto. Necesitaba tiempo. El corazón le palpitaba como si fuera a salirse del pecho.

El grupo de amigos se acercó al estanque. Era sublime: puentes de madera, patos en el agua, árboles bellísimos de todos los colores, rocas, fuentes y una casita de té en una esquina. La palabra belleza no hacía justicia al lugar. Lo maravilloso se unía al sosiego y a la paz espiritual, y formaban una postal idílica.

El veneno había penetrado en la sangre de Kazuo. No se podía quitar de la cabeza a la chica. La aversión al mundo empezaba a decrecer. Era la hora de las dudas.

«¿Y si la vida me diera otra oportunidad? ¿Y si pudiera ser feliz otra vez?».

El solo pensamiento lo hizo temblar. Eso no formaba parte del plan. La situación había cambiado de repente y por completo.

«O quizás no. Quién sabe».

Estación de policía local. Siete de la mañana. Reunión urgente.

Gabinete de crisis.

El personal estaba reunido en la sala principal del edificio; casi cuarenta miembros de los cuerpos de seguridad congregados.

Hablaba un capitán:

—Los datos que nos envía el médico forense son devastadores. Trece conciudadanos han perecido en el fuego de la discoteca. Y hay unos veinticinco heridos de diversa consideración. Nada nuevo, como preveíamos. No en vano estuve dos horas con el retén de los bomberos y pude ayudar a la evacuación de algunos heridos. Es más, una chica murió en mis brazos. Intenté socorrerla deprisa, pero ella gritaba que quería morir, que se merecía morir por algo que había hecho a alguien años atrás.

El capitán no pudo seguir y, con lágrimas en los ojos, abandonó la sala. El gobernador de Nakawaza tomó la palabra.

—Estimados amigos. Por si esto en sí fuera poco, todavía hay más. En la última semana, desde que ocurrió la desgracia en la discoteca, se han registrado otros tres incidentes. En puntos desconectados, pero con un *modus operandi* similar en cada caso. Aunque no ha habido pérdidas humanas, sí que perecieron dos perros labradores en uno de los fuegos. Cuando abrimos la compuerta de la perrera, ardían debido al pelo lanoso e inflamable.

Commented [du1]: No estoy seguro de esta frase, parece vacua.??? Que te parece?

Commented [CA2R1]: Está diciendo que todo está muy mal. Incrementa el problema. Pero se puede quitar sin problema. No es que aporte gran cosa o sea una información valiosa para lo que sucede.

»Nuestra ciudad está pasando por una crisis sin precedentes. Los medios de comunicación empiezan a hacerse eco. Es cuestión de días que conecten los fuegos. Un loco enfermo anda suelto. No es solo un pirómano, es un asesino. Les encomiendo que hagan todo lo posible por terminar esta racha infernal por la que pasamos. Gracias.

Kazuo andaba desorientado últimamente. No podía quitarse de la cabeza a Isamu. Apenas dormía y los pensamientos negativos que siempre lo rondaban habían dejado paso a un tipo de melancolía difícil de adscribir a ninguna categoría. Una especie de amor y odio unidos a la tristeza y decaimiento por la vida azarosa.

Decidió ir a ver a sus padres, Aiko y Hideki Yoshida, y a su hermano Masaru. Compró un billete de tren en línea e imprimió una copia. Si lo dejaban entrar en la casa, quería explicarles lo que sucedió aquel aciago día de verano, tiempo atrás.

La llegada a la aldea no se hizo esperar. Se bajó del tren y se dirigió a la modesta casa que los padres tenían a las afueras. Una cara nueva levantaba la curiosidad de los nativos. Les resultaba familiar, pero no podían decir a ciencia cierta a qué familia pertenecía. Por fin, avistó la casa familiar. En la puerta, un muchacho fornido lo miró fijamente.

—Aito. Aito. Padre. Madre. Aito ha vuelto —balbuceaba el hermano menor

El corazón se les encogió y las lágrimas se les saltaban. Un estado de zozobra los abrumaba. Había estado en la cárcel, pero era su hijo, y eso que no se lo mencionaran a ninguna madre. Se abrazaron todos a una. No paraban de dar gritos y sollozos.

Más calmados, se sentaron a la mesa y tomaron té.

—Queridos padres, Aito, vuestro *querido niño*, tiene una historia que contaros. Yo la he sabido desde hace tiempo, pero nunca me atreví a hablar —dijo Masaru—. Sabía que volvería algún día para contárosla.

Kazuo les narró el episodio de la chica y cómo el rechazo a ir con ella a un baile anual de la escuela lo llevó a prisión. Él no había cometido ningún crimen. Desde pequeño fue un niño inquieto. Incluso tuvo contratiempos con la policía local por robar unas frutas a un vecino. Era volátil y desechó seguir con los estudios superiores, pero no era un criminal y no lo fue en aquel momento ni con aquella muchacha.

—¿Isamu? —preguntó Kazuo.

—¿Sí? ¿Quién es? —respondió ella.

Kazuo se estremecía de miedo. Estuvo a punto de hacérselo en los pantalones, pero mantuvo la compostura y continuó hablando. Parecía otra persona.

—Hola, soy Kazuo. Le he pedido tu número de teléfono a Tanikazi. Perdona si te molesta.

—En absoluto, gracias por llamarme.

—¿Te gustaría salir a cenar conmigo? A uno de esos restaurantes que sirven ternera al curri. Como a los dos nos gusta el curri, pensé que a lo mejor te agradaba venir conmigo.

—¡Qué idea tan maravillosa! Conozco uno cerca de mi casa que se llama Izakaya Honda-ya. ¡Tiene la mejor carne de Kobe que puedas encontrar, y a buen precio!

—¿Qué te parece el próximo miércoles a las cuatro de la tarde?

Después de una charla larga, en la que pusieron de manifiesto afinidades al J-pop y a la comida tradicional japonesa, quedaron en verse.

«La espera será terrible», se decía Kazuo.

—Se trata de una persona de origen japonés; de entre veinticinco y treintaicinco años. Nacido en los suburbios o en un pueblo cercano, pues parece conocer la ciudad y los alrededores. De joven, tuvo problemas de comportamiento en el colegio e incluso pudo estar en el radar de la policía local. De perfil antisocial y solitario. Siente un rencor por sus semejantes inaudito, cerca de lo patológico. Creo que está sin empleo, pues la planificación de los actos es metódica, y eso requiere tiempo.

»Volátil y de temperamento caliente. Vive con toda probabilidad en un piso pequeño y no se relaciona con gente. Según los testigos presenciales, tiene pelo negro y corto, y una cicatriz en la cara. Extremo este que no podemos confirmar aún. De alrededor de un metro y setenta cinco centímetros de altura y de cuerpo musculoso. Es posible que de religión sintoísta, pero no practicante —informaba el perfilador de grupo de investigación de crímenes.

—Señores, no hay tiempo que perder —apremiaba el capitán—. En la última hora, se han localizado dos fuegos con las mismas características que los anteriores. Dos grupos de retenes han marchado. No queda nadie en la estación de bomberos salvo personal administrativo. Esto es peligroso. Hemos informado a otros cuerpos de seguridad para que nos apoyen en la retaguardia. El gobernador ha tomado el mando en persona y estará en contacto con nosotros las veinticuatro horas del día.

Desde la estación, se coordinaba la doble operación. Era importante llegar a tiempo de evitar la pérdida de más vidas.

—Señor, señor, hemos recibido el aviso de un vecino. Se ha producido otro incendio en una vivienda de la zona cuatro —gritaba un bombero.

—Un tercer incendio. ¿Cómo? No tenemos más retenes. El ejército todavía no está preparado para asistir.

Kazuo se acababa de levantar. Apenas pudo conciliar el sueño. Pasó parte de la noche pensando en la cita con Isamu. Los pensamientos negativos habían sufrido una repentina mutación. La vida había cambiado de la noche a la mañana. El pesimismo cotidiano se había convertido en melancolía y en algo de optimismo.

Entró al baño y se dio una ducha. Se dispuso a afeitarse y contempló en el espejo una persona diferente a la que estaba acostumbrado.

«¿Será demasiado tarde?».

Salió al supermercado a comprar unas flores. Ahora no veía el mundo tan desagradable. Hasta la gente que pasaba al lado parecía haber cambiado. No los veía tan despreciables como antes. La gente le sonreía, o eso parecía.

Dudaba de todo.

Commented [du3]: no es creible.....larga

Commented [du4]: quedaba inconcluso

Commented [CA5R4]: Por eso te pregunté si seguía hablando el mismo, el perfilador de grupos, o era otro personaje. Así queda mejor

Momentos previos a la cita, se dirigió a la estación cercana al supermercado. Se acercó a la línea de autobús cuarenta y esperó con impaciencia la llegada. No podía contener los nervios. La vida le importaba. Sentía apego al mundo.

Llegó el autobús y se subió con una energía inusitada. Pasaron delante del parque del castillo de Nakawaza y por el museo de arte contemporáneo. De nuevo, contempló la belleza de ambos después de años.

En diez minutos, llegó al destino. Se bajó del autobús. Estaba a unos doscientos metros del restaurante en el que habían quedado. Mientras caminaba, el corazón le latía enfurecido. Hacía años desde que había tenido una experiencia similar.

—Señor, acabo de comunicarme con el retén número uno y la situación es de máxima alerta. La operación es de riesgo elevado y calculan que no podrán ayudar en otro incendio en al menos dos horas —decía un bombero a su superior, con voz derrotada.

—¡Mierda!

—Retén número dos. Por favor, tenemos otra emergencia. Evalúen y alerten a la central de las posibilidades de ayudar en una nueva misión.

—Imposible. El fuego ha alcanzado la habitación principal y hay dos niños atrapados. La entrada a la casa tardará tiempo.

—No puedo dar crédito a lo que oigo. Por favor, dispongan de todo el personal de la estación, incluido mantenimiento. No podemos dejar que un nuevo fuego asole la ciudad.

Kazuo abrió la puerta del restaurante y lo abordó el maravilloso olor a carne asada al horno. Esperó a que lo atendieran. Una chica vestida con un traje tradicional negro le hizo una reverencia y le preguntó si tenía reserva. Le dio el nombre y ella lo llevó a un reservado en una esquina del restaurante que daba a unas vistas preciosas.

La hora había llegado. Seguro que Isamu estaba de camino.

Se dispuso a pedir un sake frío, y a disfrutar de la música y una decoración minimalista con asientos en el suelo junto a la mesa baja.

Pasaron veinte minutos de la hora de la cita. Kazuo empezó a impacientarse. Fue al baño a lavarse las manos. Una sudoración sin piedad lo acosaba. Los nervios lo atenazaban. Se echó agua en la cara y reflexionó.

—Cálmate, Kazuo, todo está en orden. Son cosas de tu imaginación.

Volvió a la mesa y se sentó a esperar. Otra media hora pasó en vano. La cosa no pintaba bien. Decidió llamar a un amigo Tanikazi para preguntar por la dirección de la chica.

«Nadie se va a reír de mí. Nunca más».

La rabia lo invadía. Se encaminó a la casa de Isamu a paso firme y con intenciones nada compasivas. A los pocos minutos, divisó un humo que salía de una vivienda a lo lejos. A la vez que se acercaba, una corazonada le empezaba a rondar la cabeza. Los pensamientos negativos volvieron.

Aceleró el paso.

El corazón se le salía del pecho de nuevo. Creía que iba a tener un infarto antes de llegar. Miraba a los números y los nombres de las calles con pavor.

A los pocos minutos, llegó a la casa donde el fuego flameaba. Se acercó a un grupo de curiosos, pero nadie sabía nada.

Desde una esquina, una mujer mayor empezó a gritar hasta llegar al lado de Kazuo.

—Mi hija, mi hija está dentro. Me llamó hace media hora. Estaba en el baño y el secador de mano sufrió un cortocircuito que prendió en las toallas y la cortina. Antes de que se diera cuenta, el fuego consumía la habitación. Me avisó desesperada desde una habitación contigua y me pidió que llamara a la policía.

Un oficial se le acercó y le preguntó.

—¿Cómo se llama su hija y en qué piso vive?

La señora apenas podía articular palabra.

—Se llama Iiiii... iiiiisamu Hiiimuura y vive en el número siete.

El agente respiró hondo y con una cara demudada le dijo:

—Lo sentimos, señora. El fuego es espantoso ahí adentro. Por desgracia, hemos tenido dos salidas de emergencia y no hemos podido llegar a tiempo. Nuestro más sentido pésame. No hay nada que hacer.

—Policía local. Señor, ¿en qué podemos servirle?

—Mi nombre es Kazuo Yoshida y soy el responsable de la ola de fuegos que azotan nuestra ciudad.